

SUSANA KOSKA

Las consecuencias

ÍNDICE

De cómo llegué a la Sociedad de Amigos
de Laguardia, 13

Los veranos de la SAL, 15

Oración del alma suplicante, 21

La maestra de Oteo, 47

Assa, 83

La hermana pequeña, 111

El escritor, 121

De cómo fui de la Sociedad de Amigos
de Laguardia a la Biblioteca Nacional, 171

Fuentes y bendiciones, 175

Obras de Ángel María de Lera, 181

«En recuerdo de Ángel y María, mis padres, que me han enseñado a amar todo lo humano de este mundo».

Dedicatoria de *Tierra para morir*, Ángel María de Lera, 1964.

En recuerdo de Ángel y María, ángeles custodios, que me han enseñado a amar y perdonar todo lo humano de este mundo.

A mi gata Lulú C'est Moi, que tuvo que irse para que yo acabara estas páginas.

A Zar, el animal más bello del mundo.

SERENDIPIA: descubrimiento o hallazgo afortunado, valioso e inesperado que se produce de manera accidental, casual, o cuando se está buscando una cosa distinta.

Hubo disgustos, hay consecuencias.

Doctor Zhivago. Boris Pasternak

DE CÓMO LLEGUÉ A LA SOCIEDAD DE AMIGOS DE LAGUARDIA

Llegué a la insigne villa de Laguardia por casualidad y me quedé.

Hoy sé que fue cosa de magia, que me estaban esperando.

Una tarde de abril, Judit Sáenz de Tejada, nietísima del pintor y figurinista Carlos Sáenz de Tejada, me invitó a visitar el Museo de Amigos de Laguardia: «En nuestro museo hay un montón de papeles de la Guerra Civil, ¿quieres echar un vistazo?».

La Sociedad de Amigos de Laguardia (SAL) fue fundada en 1934, al estilo de las sociedades de amigos tradicionales del siglo XVIII, e incluía a aristócratas, empresarios, clérigos, militares y otras gentes de bien de la villa.

Su fin principal era el progreso moral, cultural y material de la villa, pero también el depósito, en un pequeño museo, de los recuerdos históricos, artísticos y literarios referentes a Laguardia que pudieran recogerse, lo que convierte su sede en una suerte de gabinete de curiosidades.

Ya en el año 1936, la Sociedad de Amigos de Laguardia destina en su museo un espacio a las guerras carlistas y, una vez metidos en harina bélica, a la contemporánea.

El artista internacional Carlos Sáenz de Tejada, vecino y fundador de la Sociedad, recorrió las trincheras ilustrando para *Abc* y *L'Illustration* el devenir de la Guerra Civil, pero también fue recogiendo objetos y restos de la batalla. Así mismo lo hicieron otros vecinos, excombatientes de la que llamaron Santa Cruzada, y, entre unos y otros, fueron dejando en el modesto museo de la SAL

medallas, banderas, retratos, uniformes y munición internacional, piezas que conforman una colección fantástica.

Aquel «echar un vistazo» se convirtió al correr de los años en una misión. Pasé mi primer verano en la SAL curioseando en las cajas polvorientas, leyendo cartas, postales y diarios de trinchera, descifrando fotografías aéreas y leyendo prensa de ambos lados, aunque, siendo justa, era más de un lado que del otro. Una colección de objetos inauditos se me aparecía diariamente. Nunca he sido tan feliz.

Mi curiosidad de buscadora de perlas se hizo carne y aquel verano fue una revelación. Luego llegaron otros veranos y así fue como los fantasmas del museo de la SAL me lo fueron contando todo.

También me contaron esta historia. Ficción y realidad se mezclaron en mi vida, en mis papeles y en mi imaginación.

Y esto es lo que hay.

LOS VERANOS DE LA SAL

Uno de los primeros días del otoño de 2018, me topé con una maestra falangista en una caja de lejía Conejo. La caja estaba ahí, abierta, en medio del caos, diciéndome: No seas tonta, mete la mano aquí. Y yo, obediente como soy con los conejos, la metí.

Después de tres meses de inmersión a pleno pulmón en las cajas y los ácaros del insólito almacén del museo de la Sociedad de Amigos de Laguardia, no me pregunté siquiera cómo no la había visto antes, abierta como estaba. Sabía bien que, en aquel sembrado del pasado, era imposible saber si la habían abierto por mí, ya que yo no le había prestado atención, o si estaba allí abierta, desde el principio. Tanto ruido hacen las almas que solo se oye a quien más grita, a quien da portazos o te provoca escalofríos. Cualquier cosa pudo ser estando en sus manos. Estando en manos de las almas, se entiende.

En la caja, ponía con letras mayúscula ESCUELA, pero estaba repleta de estampitas. Una completísima colección de vírgenes santísimas como no había visto en mi vida. Cartas y papeles sueltos sin la cinta decimonona de rigor. Metí la mano hasta el fondo, cogí al azar un puñado de papeles y los puse en el bolso antes de salir por la puerta de atrás.

Ya en casa, esparcí mi botín sobre una alfombra blanca.

Me eché las cartas, a ver qué me decían.

Algunas, dentro de sobres abiertos, llevaban escrito en letra muy grande con lápiz rojo: «muy interesante» o «noticia regular». Otras, el sello de «Visado por la Censura». Algunas, con sello oficial, estaban dirigidas a la directora de la Escuela de Oteo; otras,

a la directora de las Escuelas Católicas; otras, a la directora de la Escuela Graduada de Niñas y, las más, a la delegada provincial de la Sección Femenina de Falange.

Desplegué las cartas fuera de sus sobres arrugados, rasgados perfectamente por un abridor. En algunos, los sellos estaban recorados de dos tijeretazos: *cris*, *cras*. Extendí con mimo cada una de las cuartillas y hasta mi regazo revoloteó una cédula personal con fecha de 1935. Alisé los sobres, que se quedaron huérfanos, sin remedio, con pena después de tanto dormir todos juntos y revueltos. Hablé con estos y aquellos preguntando por la maestra.

En la calle Mayor, una soleada mañana de vendimia después de mucho llover, el párroco de entonces me contó que fue alumno suyo, que tenía una caja y que, siendo también yo ratón de biblioteca, seguro que me gustaría mirar.

Al día siguiente, en la mesa de la entrada del museo de la SAL encontré una caja de zapatos de color negro y en la caja, bien apretaditos, devocionarios franceses en miniatura y misales en latín, libros de horas y cartapacios.

Excitada como una niña la mañana de Reyes, cogí mi botín y entré en el despacho. Abrí las ventanas, saludé a las almas y les puse a doña Concha. Las almas se ponen la mar de contentas. Les gusta la copla, lo sé. Y también sé que es mejor tener de tu lado a los del otro lado.

De pie, de espaldas a la luz, extendí el contenido de la caja. Una formación de misales y dos carpetas: una azul, donde ponía en lápiz rojo «Carpetas Falange», y otra marrón, en la que trazos de lápiz azul decían «Carpetas Tribunal de Menores». Sobres sueltos forrados en papel de seda de color púrpura, un grupo de cuartillas cosidas a mano de caligrafía minúscula y primorosa y algunas fotos: en una de ellas, una mujer con hábito y perro faldero en el portalón de la casa de los Tapia, la que hoy llamamos el castillo de El Collado; en otra, una muchacha con uniforme de Falange y boina con borla. Las

demás eran encuentros familiares alrededor de una mesa de mantel blanco, posando muy solemnes, con la sierra de Cantabria al fondo.

Me acordé entonces de una carpeta de cartón, atada con una goma, en la que encontré varios números de las revistas *Mandos* y *Consigna* y una foto delicadamente enmarcada con flores pintadas a mano sobre cristal y un lazo rosa. En la foto, una monja con gafas y cara de besugo.

La foto llevaba dedicatoria y la anoté en el cuaderno donde apuntaba los hallazgos inclasificables del día: «A mi querida M en el día de su santa 29 de marzo 1918». En aquel primer verano mío de trinchera, pasquines revolucionarios, munición, exaltaciones del Requeté y tabaco ruso, dejé a la beata y sus beaterías en la zona de «para después».

Llegado el «para después», me leí las cartas por delante y por detrás sin enterarme de nada, rociándolas de alcohol de romero por quitarles el tufo a moho y, tal vez por efecto de los vapores que emanaban de las cuartillas, empecé a pensar que aquella M, que en la foto llevaba hábito de ursulina, tenía que ser la maestra. ¿Dónde estás que no te veo? Escondidita en un agujero.

Fui alisando las hojas con urgencia por saber, pero con paciencia por llegar, ordenando por fecha y encabezado, intentando soltar los intrincados nudos que dejan los otros para que los desenredemos, incapaz de comprender los *dramatis personae*.

Mis mesas se cubrieron de papel antiguo y secretos de hace un siglo en completo desorden. Se formaron nubes que rezumaban hechizos y chascarrillos de pueblo.

Separé las cartas, hice montones por fechas y por firmas.

El revoloteo era feroz y yo rebotaba, dándome cabezazos como una polilla atrapada en una lámpara.

Durante meses intenté conectarme con esa maestra a la que iba descubriendo a través de sus cartas, sus anotaciones, su anillo rosario de madera que limpié con cera, los borradores de las cartas que escribía a la administración: «De comprar unos zapatos y dos

metros de tela para las combinaciones de dos niñas, dieciocho pesetas. Un par de zapatos, seis pesetas». Así fui sabiendo que nació durante la primavera de 1895, que su madre murió de pulmonía siendo ella una criatura, que ingresó en las Ursulinas de Jesús de Vitoria, donde estudió Magisterio, y que debió dudar si hacer votos perpetuos, puesto que hábito de novicia llevó. También que en 1918 recibió su título de maestra, que en el convento de las Ursulinas de Gandía enfermó de tuberculosis y que fue directora de una escuela de niñas católicas en tiempo republicano. Los acontecimientos desde 1935 constaban en papel oficial: la llamaron al orden por no poner la bandera republicana en la escuela y adorar el crucifijo en clase, la destituyeron y la destinaron a Oteo, en plena guerra, castigada por las autoridades todavía republicanas, donde estuvo hasta el otoño del 38, año en que volvió al pueblo con honores de directora de la Escuela Nacional. Fue Hija de María, divulgadora sanitaria, delegada de la Sección Femenina de Falange y del Tribunal de Menores y abrió una Escuela del Hogar.

Y se quedó para vestir santos. La monja alférez. Viva Pilar Primo.

No daba crédito a mis ojos porque, seré franca, no era lo que buscaba cuando llegué a la Sociedad de Amigos de Laguardia.

Acumuló estampitas y postales de todo tipo, plegarias, inventarios, listas. Escribió mucho: de joven compuso pequeños brevariarios con una letra minúscula, exquisita, y de mayor dejó muchas notas con una letra grande, apresurada, trágica. De vieja anotó las horas y los gastos de la enfermedad y deceso de su hermana. Supe que era fan total de P. M. Salamtis, porque tenía toda la colección de la Obra del Amor Misericordioso. De una agenda perpetua, arrancó el mes de abril.

Oculto por la niebla que se cuele entre las calles empedradas del pasado, sentía su presencia, su vestir sufrido y severo, sin adornos. Si acaso una fila de perlas los días de guardar. La cruz al cuello con una cinta de terciopelo, sencilla y de oro fino, heredada de su

hermana cuando al morir esta se quedó a cambiar los cirios con las Hijas de María en la iglesia de Santa María de los Reyes.

La última superviviente de la Edad de Piedra.

Rechiflada en sus misterios de Maderas de Oriente, me perdí queriendo descifrar palabras en desuso y frases tachadas. Algunas cartas tuve que dejarlas por ilegibles, otras por incomprensibles. Algunas estaban escritas por todos los resquicios del papel y en distintas direcciones. Una algarabía.

Le abrí un cuaderno verde.

Le eché las cartas cósmicas, que me hablaron de entender, de recomponer, de compasión y de Urano, que es originalidad y revolución. Me la fui llevando hacia dentro de mi piel. Acostumbrándome a sus ojos de besugo recién salido del agua que me miraba con asombro. Igual que la miraba yo.

Las noches de tormenta perfecta, oyendo ulular el norte, pensaba: ¿Tendría miedo a los truenos? ¿Se acurrucaría envuelta en el chal que le hizo su queridísima hermana y rezaría a santa Teresita del Niño Jesús para que pasara pronto la noche? ¿Haría ese mismo ruido el viento entonces que ahora? ¿Golpearían las contraventanas como el fuego de mortero? ¿Se reirían los escolares de ella en cuanto les daba la espalda? ¿Sería cruel y déspota? ¿Sería tonta de enmarcar?

Con obsesiva perseverancia seguí abriendo cajas. Siempre se me aparecía una miguita para Pulgarcita, me decía a mí misma. Entré muerta de miedo en un armario oculto en el altillo del despacho, como la que va a Narnia para abrir un baúl enorme que no sabe si se podrá abrir ni lo que podrá haber dentro, y seguí extraños inventarios que no me llevaron a ningún sitio.

Convencida de que tenía que contar su historia, puesto que ella se mostraba con tanto detalle, buscando su voz, me hice la novelista, por lo que le pido perdón. Eso sí, siéndole fiel y basándome en *sus* hechos reales.

OBRAS DE ÁNGEL MARÍA DE LERA

- Los olvidados*. Barcelona: Editorial Aguilar, 1957.
- Los clarines del miedo*. Barcelona: Ediciones Destino, 1958.
- La boda*. Barcelona: Ediciones Destino, 1959.
- Bochorno*. Barcelona: Editorial Aguilar, 1962.
- Trampa*. Madrid: Editorial Aguilar, 1962.
- Hemos perdido el sol*. Madrid: Editorial Aguilar, 1964.
- Tierra para morir*. Madrid: Editorial Aguilar, 1964.
- Con la maleta al hombro*. Madrid: Editora Nacional, 1965. Colección Huella de España.
- Por los caminos de la medicina rural*. Salamanca: Editorial Salamanca, 1966.
- Las últimas banderas*. Barcelona: Editorial Planeta, 1967. Premio Planeta.
- Los fanáticos*. Madrid: Editorial Linosa, 1969.
- Mi viaje alrededor de la locura*. Barcelona: Editorial Planeta, 1972.
- Se vende un hombre*. Barcelona: Editorial Planeta 1973. Premio Ateneo de Sevilla.
- Los que perdimos*. Barcelona: Editorial Planeta, 1974.
- Diálogos sobre la violencia*. Editorial Rotativa, 1974.
- Carta abierta a un fanático*. Barcelona: Ediciones 99, 1975.
- La noche sin riberas*. Barcelona: Editorial Argos Vergara, 1976.
- Oscuro amanecer*. Barcelona: Editorial Planeta, 1977.
- Ángel Pestaña, retrato de un anarquista*. Barcelona: Editorial Argos Vergara, 1978.
- El hombre que volvió del paraíso*. Barcelona: Editorial Planeta, 1979.

La masonería que vuelve. Barcelona: Editorial Planeta, 1980. Colección Espejo de España.

Secuestro en Puerta de Hierro. Barcelona: Editorial Planeta, 1982.

Con ellos llegó la paz. Barcelona: Editorial Planeta, 1984.